

Don Balvanero Vargas Molina:

GOBERNADOR, COMANDANTE DE ARMAS Y CAPITAN DE PUERTO

(Extracto)

Quienes conocieron al modesto don Balvanero, en la barriada rural de San José que aún conserva el nombre de "Rincón de Cubillos", su finca de café en Pavas, o al empleado de la Municipalidad capitalina, o al diligente escribano de la Curia, colaborando con el presbítero don Raymundo Mora y el Padre Murillo; o en el rango de Jefe de Sección o Subsecretario General del Presidente, doctor Jesús Jiménez, sólo supieron que tenía buena letra y un gran sentido común, eso unido a una probidad intachable, con lo cual ya se podía hacer hombre de pro, allá por las décadas del sesenta y setenta. Pero era tan sencillo de vida y de costumbres que quizás sólo se le tenía como uno de tantos empleados públicos, sin más anhelo que alcanzar un día la pensión de gracia. Sin embargo, un hecho que no es del caso citar de carácter familiar, que otro no le habría dado mayor trascendencia, para don Balvanero —profundamente religioso— fue motivo para buscar la zona atlántica, donde entonces sólo podían vivir quienes por necesidad o por deseo de hacer fortuna, servían un cargo; o los desterrados políticos o de otro orden, tal era el temor que inspiraban las fiebres y los rigores mismos del tiempo. Y allá se fue con su familia, sin pensar que el destino le reservaba un campo amplio de acción, que había de consagrarle como buen pastor de la provincia...

Sus padres fueron don Manuel Vargas y doña Ramona Molina.

Los hombres pasan; sus obras quedan. Perduran, cuando tienen la consistencia que sólo da el valor moral de quienes las realizaron... Ningún monumento, ningún rótulo recuerda en Limón el paso de don Balvanero; empero, el parque que él formara sanando la

tierra, transformando la ciénaga en rosales, conserva su apellido y glorifica su nombre...

Hombre útil, con sentido práctico, de gran corazón, se hizo querer por su trabajo de bien público y por su carácter bondadoso...

En aquel tiempo prácticamente Costa Rica no tenía puerto en el Atlántico; los proyectos para abrir un camino al norte, como entonces se decía, habían fracasado; en Moín reinaba la pobreza; todo estaba por hacer; ni gobierno local existía. Esto explica que cuando llegó don Balvanero, con experiencia en las actividades del gobierno, honorable y servicial, se le confiara muy en breve el cargo de Gobernador de la Provincia, con recargo de la Capitanía de Puerto y Comandancia de Plaza, y aún las atribuciones municipales. Y siendo tan variadas sus funciones públicas las atendía bien.

El mar se metía hasta el punto donde hoy está el quiosco del Parque Vargas, paraje que entonces era una especie de plaza suamposa, intransitable. La población, escasa y pobre en su totalidad, se apiñaba en las vecindades. Faltaba tierra habitable. Lo primero fue hacer labor de saneamiento; quitarle espacio al océano, rellenando las costas bajas, mientras se podía construir el tajamar. Se dio forma a la plaza central y se fueron tirando las calles a cordel. Seguidamente se comenzó la distribución de lotes. Este fue el nacimiento de la ciudad, puede decirse.

Al lado de la plaza estaba el único edificio visible, el gran hotel de "Gallo" y D'Agostino, de tres pisos; pero sus alrededores daban grima. Todavía el año 94 ó 95 había que llegar a caballo a los estancos y hoteles de menor categoría. Mientras los parroquianos sorbían su trago y hacían sus compras, las bestias quedaban amarradas a los árboles. La obra paciente de don Bal-

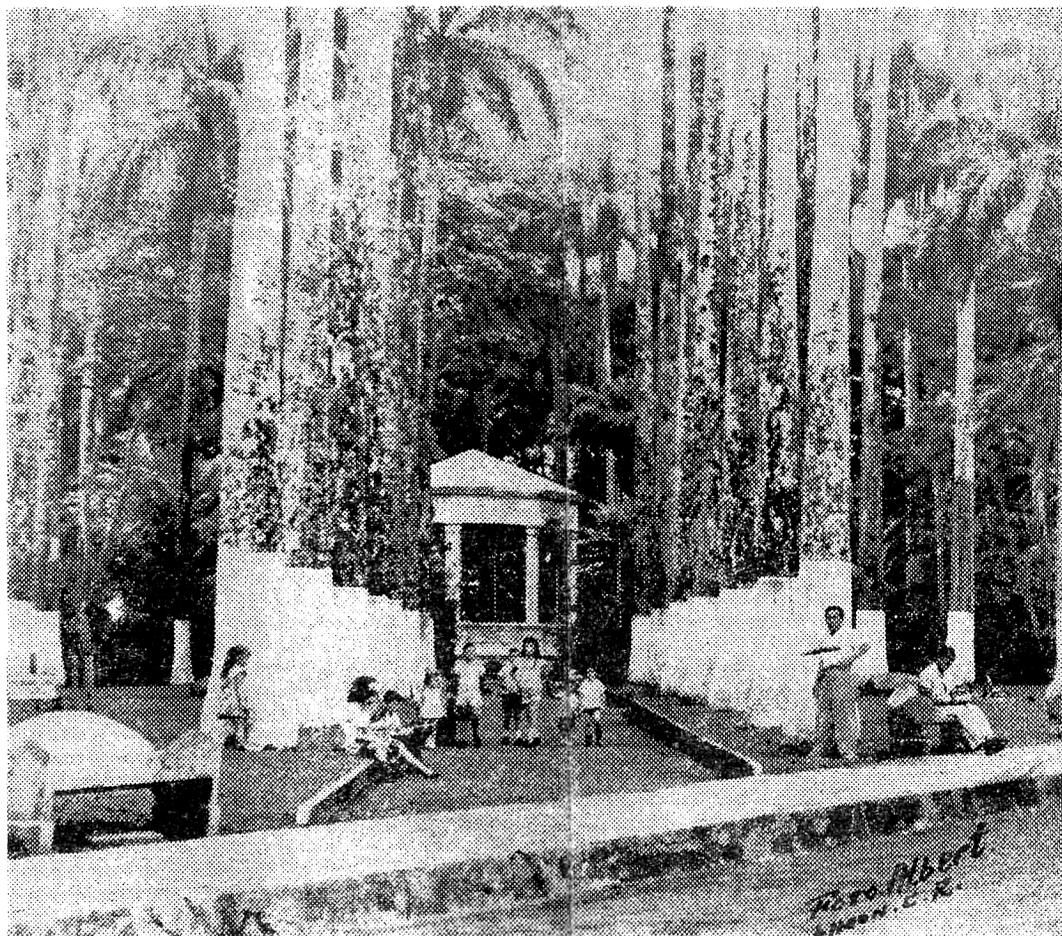
vanero hizo habitable a Limón. Seguidamente pensó en el mercado y en convertir en parque la plaza. Pero debe saberse que su anhelo fue formar un parque eminentemente tropical. Aprovechó sus buenas relaciones con los capitanes de barcos para obtener codos de árboles de sombra y adorno, que vinieron de Cuba o de Jamaica; algunos de Austria. Así llegaron los Laureles de la India, (Indian Laurels), procedentes de Kingston. Y para

completar la obra, hizo venir a un experto jardinero francés, de Martinica, quien luego se radicó en Sixaola, donde murió años después.

En ese tiempo se instaló la primera corporación municipal de Limón, que integraron don Felipe J. Alvarado, don Carlos Saborío Iglesias, y don Francisco de Paula Gutiérrez, y contando con los servicios de don Balvanero, se prosiguió la tarea de saneamiento y pro-

greso de todo orden...

Don Balvanero Vargas Molina murió en Limón, el 31 de marzo de 1905. El Gobierno de entonces no creyó merecido un homenaje al que pudiera llamarse fundador de ese puerto. Pero la colonia extranjera, allí radicada, pensó que la mejor honra que podía tributarse a un hombre de esa altura moral, era traer sus restos, como en procesión fúnebre, para depositarlos al lado de los de sus antecesores, en San José.



Una panorámica del más bello parque del país, el Parque Vargas, de Limón, que lleva el nombre de su fundador, don Balvanero Vargas Molina.